

# La política disruptiva de Trump en Oriente Medio y el nuevo momento del conflicto israelo-palestino

*Isaías Barreñada*

*Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense de Madrid,  
Investigador asociado del Instituto Complutense de Estudios Internacionales*



Si el primer ministro Benjamín Netanyahu quería que el 70º aniversario de la creación del Estado de Israel, el 15 de mayo de 2018, fuera la principal noticia del día a nivel global, no hay duda que lo consiguió plenamente aunque fuera convirtiendo al país en el epicentro de una tormenta política gigantesca. En las semanas previas, las marchas palestinas recordando la *nakba* (la catástrofe de 1948), demandando el retorno de los refugiados y reclamando el fin del cerco a la Franja de Gaza fueron respondidas con una nueva y brutal modalidad de contención: el uso de francotiradores contra manifestantes civiles encerrados, como si se tratara de un concurso de tiro al blanco. A eso se sumó, el día anterior, la inauguración de la nueva Embajada de Estados Unidos en Jerusalén, cuyo traslado forma parte de una serie de medidas tomadas por la Administración Trump que han literalmente sacudido Oriente Medio en los últimos meses. Este artículo aborda la actual política estadounidense hacia la región y el momento del conflicto israelo-palestino.

*Trump ha hecho demostraciones de fuerza sin estrategia política, con el deseo de demostrar la superioridad militar de EEUU*

Un año y medio de presidencia de Donald Trump supone un periodo de tiempo suficiente para un primer análisis de la política estadounidense en Oriente Medio y en particular de su gestión del delicado y complejo dossier israelo-palestino. Un ejercicio que requiere no sólo utilizar los medios habituales del análisis internacional, sino también tener en cuenta la extrema anomalía de la actuación de esta administración y del presidente en persona. Esta presidencia está siendo singular y única en varios sentidos (Piffner 2017). Trump ha dado sobradas muestras de irresponsabilidad y de falta de sentido común (*Trump's way of non thinking*), incompetencia para gestionar los asuntos públicos, desprecio de funcionarios y especialistas, rodeándose en cambio de aduladores oportunistas y de ex funcionarios reciclados, conocidos por sus posturas ultra, útiles para llevar a cabo sus formulas simplistas sin calcular su coste y su impacto inmediato y a largo plazo, o su factibilidad legal. De hecho se suele presentar lo que hace Trump como una “obra de derrumbe de cualquier cosa hecha por su antecesor”, tirando por la borda lo construido en años previos. Así ha sido con políticas públicas internas (medioambiente, migración, protección social), en materia de acuerdos comerciales, en compromisos internacionales (cambio climático) o en el plano bilateral (deshielo con Cuba).

Analizar y calificar la política exterior de Trump resulta una tarea ardua. En su campaña electoral en torno al mantra “America primero” (*America first*) todo el programa de política exterior se basó en demonizar la globalización y denunciar a los aliados desagradecidos (*ungrateful allies*), prometer desmontar lo existente y redireccionar la acción exterior en sentido contrario. Ya entonces puso en evidencia su nulo conocimiento de la materia, desconcertando con sus mensajes incendiarios, lo que sin embargo le permitió conectar con el aislamiento popular de una parte de la sociedad estadounidense y le reportó buenos resultados electorales. La mayor parte de los analistas esperaban que al llegar a la Casa Blanca se operase un giro pragmático y realista en materia exterior, y que la maquinaria de la Administración y los asesores tendrían capacidad de moderar los impulsos intempestivos del hombre, pero no ha sido así, al contrario<sup>1</sup>.

En política exterior Trump está mostrando ser un geopolítico lamentable, un jefe de Estado imprudente y un diplomático desastroso. Desde que está en la Casa Blanca, sus socios están desconcertados,

<sup>1</sup> El equipo de política exterior del que se ha rodeado Trump es muy ilustrativo. Su primer secretario de Estado fue el empresario Rex Tillerson, el “destructor del Departamento de Estado”; sustituido en abril de 2018 por Mike Pompeo, un halcón ultraconservador e islamófobo, más afín ideológicamente al presidente. La Embajadora en Naciones Unidas es Nikki Haley, ex gobernadora de Carolina del Sur, republicana radicalmente trumpiana e incendiaria, nueva heroína del lobby pro-israelí AIPAC junto al vicepresidente Mike Pence. Durante algunos meses, el radical conservador y supremacista Steve Bannon fue asesor estratégico del presidente. En abril de 2018 el diplomático ultraconservador y belicoso John Bolton fue nombrado Consejero de Seguridad Nacional. Con el paso de los meses, el equipo se ha hecho aún más trumpiano. Los conservadores pragmáticos como Rex Tillerson (Secretaría de Estado), H.R. McMaster (Consejo de Seguridad Nacional) y Gary Cohn (Consejo Económico Nacional) han terminado siendo relevados por nacional populistas más ultras como Pompeo, Bolton y Kudlow respectivamente.

unos buscan acomodo, otros se callan y finalmente algunos han tomado distancia. En varias ocasiones ha hecho demostraciones de fuerza sin estrategia política (en Afganistán, Iraq o Siria) con el deseo exclusivo de demostrar una superioridad militar que por otra parte nadie pone en duda. Más bien parece que estuviera poseído por una voluntad ciega de desmontaje sistemático de las prácticas establecidas, tomando decisiones que sabe conllevan un impacto disruptivo pero que benefician a sus intereses inmediatos y le dan una aparente ventaja. Varias de sus decisiones ponen en cuestión acuerdos bilaterales y multilaterales, y socavan la credibilidad de Washington. Todo ello no sólo crea inseguridad e imprevisibilidad, sino que acelera la pérdida de relevancia de Estados Unidos a nivel global.

### **La política estadounidense en Oriente Medio: de Obama a Trump**

Oriente Medio ha sido uno de los escenarios donde esta política errática y desconcertante de Estados Unidos ha tenido algunas de sus principales manifestaciones. Cabría en primer lugar preguntarse si la nueva administración ha implementado conscientemente un plan de desmontaje del legado de Obama o no. Las dos legislaturas demócratas (2009-2016) no dejaron un balance especialmente boyante en la región. Merece la pena recordar que, tras el intervencionismo militarista de Bush, la llegada de Barak Obama generó bastantes esperanzas de cambio entre una parte importante de la población estadounidense y entre la población de los países árabes más afectados. Sin embargo a la postre ni se cumplieron sus promesas ni se dieron cambios sustanciales en la política de EEUU en Oriente Medio: Obama continuó la política Bush, quizás de manera algo diferente y con hesitaciones, y terminó implicado incluso en un mayor número de frentes bélicos.

Valga recordar algunos hitos. En junio de 2009 Obama da su famoso discurso *A new beginning* en la Universidad de El Cairo sobre las relaciones entre EE.UU. y el mundo árabe, que junto con su apuesta por la no proliferación nuclear le valdrá un precipitado premio Nobel ese mismo año. Pronto Washington reconoce de manera explícita las limitaciones de su poderío a escala global y los riesgos de una inminente sobrecarga (*imperial overstretch*), por lo que abogará por un intervencionismo selectivo, replegándose de ciertos escenarios, recurriendo a aliados locales (*reliance on local partners*), evitando despliegues masivos de tropas y optando por una estrategia de liderazgo desde atrás (*leading from behind*). Además anuncia un progresivo giro de la política exterior hacia el Pacífico lo que provoca la airada reacción de sus principales aliados en Oriente Medio que alertan sobre las consecuencias de esa retirada (*demise*): el vacío sería aprovechado por Irán

*La Administración estadounidense ha dado alas a Israel y al agravamiento de la situación*

y los terroristas. Por otra parte las protestas prodemocráticas de 2011 pondrán a prueba el verdadero compromiso estadounidense con la democratización de la región; Washington dejará caer a Mubarak pero será muy cauto a la hora de apoyar los cambios. De hecho, inmediatamente se implicará en los diferentes conflictos que ponen en riesgo sus intereses más duros (la contención de Irán, la guerra contra el terrorismo, la actividad de las empresas petroleras en Libia). La deriva post 2011 con nuevos escenarios bélicos y con intervenciones de diferentes actores (Libia, Yemen, Siria), la aparición de un fenómeno yihadista transnacional novedoso (ISIS) y la irrupción de gobiernos islamistas vía elecciones contribuirán a que la proyectada retirada de Estados Unidos no se produzca y al mantenimiento de la política estadounidense clásica. En suma, Obama mantendrá una importante presencia militar en la región, no llevará a cabo la prometida retirada de Iraq ni de Afganistán, se implicará aún más en Yemen, Somalia y el Sahel, y por el contrario hará un uso masivo de bombardeos con drones en la guerra contra el terrorismo (lo que simplemente vienen a ser asesinatos extrajudiciales, de terroristas y de sospechosos, con incontables víctimas colaterales). El único éxito a retener será en el dossier iraní; después de años de presiones y sanciones, en julio 2015 se alcanzó un acuerdo internacional para regular la actividad nuclear de Irán (JCPOA *Joint Comprehensive Plan of Action*), muy relevante para toda la comunidad internacional, pero criticado sin embargo por Israel y Arabia Saudí. En suma, siendo el hegemon militar, EE.UU. hizo uso contundente de su fuerza, pero apenas obtuvo éxitos políticos.

Los magros resultados en la región serían aún más pobres en la delicada y compleja cuestión israelo-palestina. Como todo candidato a presidente, y en particular demócrata, en 2008 Obama tuvo que contar con el apoyo de los influyentes grupos de presión por Israel (en particular el AIPAC); en ese momento adoptó todo el repertorio que querían escuchar sus interlocutores y donantes: apoyo total a Israel, reconocimiento como Estado judío, con Jerusalén como capital, etc. Sin embargo luego las cosas no fueron fáciles.

EE.UU. continuó siendo el principal aliado y valedor de Israel: defendiéndole en los foros internacionales y proveyendo de ayuda militar<sup>2</sup>. La situación era ya muy compleja; el Proceso de paz ha colapsado hace años, la pasividad de la Administración Bush ha dado alas a Israel y al agravamiento de la situación, y Washington sigue siendo el único facilitador político del proceso y el principal donante de ayuda a los palestinos. En esos años Israel lanza varias operaciones militares sobre Gaza provocando miles de víctimas y establecen un férreo bloqueo. El gobierno palestino se niega a dialogar si no cesan antes las actividades de colonización, al tiempo que empieza a desplegar una ofensiva diplomá-

<sup>2</sup> En septiembre de 2016 Washington y Tel Aviv establecen un nuevo mecanismo de provisión de ayuda militar, con nuevas condiciones, que garantiza 38.000 millones de dólares en diez años.

tica de reconocimientos bilaterales y de acceso a organizaciones internacionales. La respuesta de Washington será la de siempre. Por un lado rechaza la ofensiva diplomática de palestina (en 2011 amenaza con vetar su ingreso en Naciones Unidas, sanciona a la UNESCO por aceptar el ingreso de Palestina, etc); se alinea con Israel en la Asamblea General y en el Consejo de Derechos Humanos, etc. Por otro sigue proveyendo de ayuda a la Autoridad palestina e intentará forzar un retorno a las negociaciones directas. Sin embargo las relaciones israelo-estadounidenses se van a deteriorar, especialmente en el segundo mandato de Obama, por la creciente intromisión de Netanyahu en la política de Washington (Freedman, 2017). El primer ministro israelí recurre a los republicanos más sionistas y a las redes pro Israel cada vez más derechizadas, saltándose al gobierno (Netanyahu interviene reiteradamente en las conferencias del AIPAC, se opone abiertamente a las políticas de Obama en la región y es invitado a intervenir en el Congreso). Obama llegará a decir que “las relaciones con Netanyahu son insoportables”. La iniciativa más importante será el empeño del Secretario de Estado John Kerry de reactivar las negociaciones directas (serán 9 meses de idas y venidas entre julio 2013 y mayo 2014) sin éxito alguno. A finales de 2016 Kerry volverá a intentarlo con una serie de propuestas (Plan Kerry), insuficientes para los palestinos, y también rechazadas por Israel. La frustración de Washington dará pie a un gesto simbólico, en las últimas semanas de la presidencia de Obama, con su abstención en el Consejo de Seguridad permite que se apruebe la resolución S/RES/2334 que condena la actividad colonizadora de Israel. Un jarro de agua a Israel, pero que tampoco añade mucho más a lo que Naciones Unidas ya ha establecido en la materia. En resumen, con Obama la política estadounidense se mostrará incapaz de provocar ningún cambio relevante en el conflicto israelo-palestino y más aún, de contener las acciones de Israel.

Trump asume la presidencia en un momento de convulsión de la región (crisis siria, intervención de Rusia, influencia creciente de Irán, guerra fría irano-saudí, implosión de varios estados, disputas inter árabes). Con su visión simplista y maniquea del mundo, sostiene que se pueden mantener los intereses estratégicos de Estados Unidos con menos implicación directa y exigiendo a los aliados que se comprometan más. Esto no supone un cambio radical respecto a lo que pretendía Obama, la diferencia radica esencialmente en el procedimiento: como en otros escenarios Trump apostará por el potencial renovador de la disrupción, no porque ofrezca respuestas a los problemas sino por los resultados aparentemente beneficiosos a corto plazo. Así diversas decisiones disruptivas acrecentarán las tensiones y la inestabilidad: la restricción de acceso a Estados Unidos a los ciudadanos de varios países musulmanes, el bombardeo de instalaciones gubernamentales en Siria, la retirada del acuerdo con Irán, su alineamiento pro israelí, etc.

*En Israel se han normalizado los discursos excluyentes y xenófobos en el debate político*

En Oriente Medio la Administración Trump se fija los siguientes objetivos. 1) Acabar con las amenazas terroristas presentes en distintos escenarios, apoyando para ello a sus aliados (kurdos en Siria e Iraq, gobiernos, coaliciones) y recurriendo directamente a la fuerza (sea con fines demostrativo-punitivos como los bombardeos en Iraq, Siria o Afganistán, sea incrementando el uso de drones en Yemen y Somalia). 2) Retirarse de varios escenarios de Iraq y de Siria dejando que aliados locales tomen el relevo y evitando un vacío de poder que sea aprovechado por actores hostiles como Irán o Rusia. 3) Mantener relaciones especiales, tanto políticas como militares, con sus principales aliados (Israel, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, Egipto) por dos principales motivos: utilizarles en su estrategia de retirada y mantenimiento del status quo, y por razones de política interna estadounidense.

Para todo ello Washington tiene por lo tanto que contar con aliados fiables y efectivos, lealtad que tiene un coste. En esta estrategia tiene una especial relevancia la contención de Irán. Desde principios de los noventa, Israel y Arabia Saudí han hecho del enemigo iraní su principal obsesión, presentándolo como una amenaza existencial y un riesgo de carácter regional. En la década pasada se construyó e instaló además un discurso del “creciente chií” por el cual Teherán estaría extendiendo su área de influencia de Yemen al Líbano. Por esta razón resulta primordial torpedear cualquier posibilidad de recuperación económica y de normalización de Irán en la comunidad internacional. Trump asume totalmente ese discurso y en mayo de 2018 oficializa su retirada del JCPOA, exigiendo nuevas condiciones de desarme y control, e instando a los demás signatarios a que le sigan o se atengan a sanciones. Tal decisión no sólo afecta a Irán, pone en jaque a toda la comunidad internacional y pone en riesgo la no proliferación en la región. En cambio israelíes y saudíes serán los más entusiastas de la medida, con ella se neutraliza a Irán y por lo tanto se contiene su influencia regional, mermando supuestamente las capacidades de Hezbollah, Hamás, el régimen sirio o los *huzies* en Yemen.

El segundo peaje tiene que ver con la cuestión palestina. Para contar indefectiblemente con Israel, Trump se plegará a sus planes aún a riesgo de cuestionar toda la política anterior sobre este tema y ganarse la hostilidad del gobierno palestino. A esto se añade otro elemento: una parte importante de su base social y política interior en EEUU (conservadores, cristianos evangélicos sionistas) le exigen un compromiso incondicional con el proyecto sionista. Pero para poder comprender el impacto de la política de Trump en la cuestión israelo-palestina en particular se requiere tener en cuenta la situación en que se encuentra el Estado de Israel y por el otro lado los palestinos 25 años después del lanzamiento del que sería el fallido experimento del Proceso de paz.

## Israel, colonialismo 2.0

Israel llega a su septuagésimo aniversario pletórico, exhibiendo una fortaleza y un dinamismo generalizado, una economía boyante y un poderío militar sin parangón en la región. Se presenta confiado en sí mismo y optimista con su futuro (Inbar, 2018). Es un país que ha alcanzado un alto nivel de desarrollo económico y tecnológico y de bienestar, y que se sabe admirado por muchos. A todo ello ha sabido asociar también un relato político que busca legitimar su actuación: una sociedad de pioneros y emprendedores, la construcción de una identidad nacional, un sistema político pluralista y competitivo, un experimento exitoso de *state building*.

Sin embargo todo ello se ha hecho sobre una realidad contestada y cuestionable; Israel nació como un proyecto nacional estatal indisociable del hecho colonial y esa ilegitimidad de origen ha condicionado toda su evolución tanto en su dimensión interna como externa. Es uno de los países de la OCDE con más desigualdades y con más pobreza; con una profunda falla interna de carácter étnico (cerca de una quinta parte de su población es árabe palestina y vive en una situación de discriminación estructural); con un sistema democrático contaminado por un nacionalismo étnico excluyente<sup>3</sup>; manteniendo una situación anómala de ocupación militar prolongada y de conflicto permanente con sus vecinos que ha militarizado las instituciones y las mentalidades. Colonialismo de origen y colonialismo asociado a la ocupación no pueden dejar inmunes al sistema político ni a la sociedad. Israel es una realidad muy marcada por lo colonial (dominación, privilegios), en el que se han normalizado los discursos excluyentes y xenófobos en el debate político y se acepta con naturalidad la violencia cotidiana contra los palestinos. Las tensiones internas, las disfuncionalidades, los grandes debates sociales y culturales (sionismo o post sionismo, estado democrático y judío, normalización o mantenimiento de la excepcionalidad, abordaje de la cuestión migratoria, condición de país en Oriente Medio o apéndice de Europa, relaciones con los judíos fuera de Israel, etc.) tienen que ver con ese hecho original.

Esto se manifiesta de manera muy clara en la deriva política posterior al fracaso del Proceso de Oslo. En los últimos 15 años se han sucedido gobiernos cada cual más conservador, nacionalista y excluyente, en los que los extremistas (ultranacionalistas, colonos) imponen sus posiciones en coaliciones inestables pilotadas por un Primer Ministro singular, Benjamin Netanyahu, que va camino a ser el más longevo en la historia de Israel, un híbrido entre vieja y nueva política, entre tribalismo y globalismo, salpicado por numerosos casos de corrupción pero que cuenta con alto respaldo popular (Pfeffer, 2018).

<sup>3</sup> Israel es un caso paradigmático de "democracia étnica" o "etnocracia", una democracia que funciona para uno de los grupos étnicos del país (Yiftachel 2011)

*La imagen internacional de Israel nunca ha estado tan deteriorada como en la actualidad*

Israel ocupa Cisjordania, Gaza y el Golán desde hace más de cinco décadas, en el caso más longevo de ocupación beligerante que conocemos. Haciendo caso omiso a decenas de resoluciones de Naciones Unidas que conminan a su retirada y sin asumir sus responsabilidades según la Cuarta Convención de Ginebra. Una anomalía que la comunidad internacional no ha sido capaz de revertir y cuya resolución se hace cada día más compleja con cerca de 600.000 colonos israelíes implantados, una frontera física (muro) y una incesante colonización mediante nuevas infraestructuras. Durante los últimos años Israel parecía no saber muy bien que hacer a largo plazo, si mantener el estatus quo más tiempo o admitir la creación de un micro-estado palestino a cambio de que se legalizaran los hechos consumados y que palestinos y comunidad internacional aceptaran la anexión de Jerusalén y de los grandes bloques de asentamientos.

Sin embargo, el mantenimiento de la ocupación, el continuo recurso a los medios militares, las prácticas propias del *apartheid*, la violación continuada de los derechos humanos... hacen cada vez más difícil el apoyo de sus socios. Israel se ha convertido en un “aliado incómodo” para muchos (formula utilizada por numerosos diplomáticos europeos). El discurso sobre su excepcionalidad (*uniqueness*) largo tiempo aceptado por una parte de la comunidad internacional pierde seguidores y es puesto en cuestión. Por todo ello la imagen internacional de Israel nunca ha estado tan deteriorada como en la actualidad, al igual que su estatus a nivel internacional. Pocos Estados son tan criticados y condenados, tanto en los foros internacionales (desde el Parlamento Europeo a la Asamblea General o el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas) como en el debate público a nivel global<sup>4</sup>. Si bien esto le sirve para presentarse de nuevo como víctima, lamentando un supuesto repunte del antisemitismo, en Europa o en Naciones Unidas (Todo el mundo está contra nosotros!), también es objeto de gran preocupación. Están cambiando sus relaciones con las comunidades judías fuera de Israel; especialmente en EEUU donde el lobby pro Israel es cada vez menos judío y cada vez más cristiano ultra conservador. Si algo hiere profundamente al *establishment* israelí es que después de 70 años no se reconozca su legitimidad de origen, agravada por las críticas a su ocupación de Cisjordania y Gaza. Por ello que la campaña palestina e internacional por el Boicot Desinversion y Sanciones (BDS) es percibida como amenaza estratégica, no sólo exige el fin de la ocupación sino que cuestiona el proyecto sionista al exigir una solución a los refugiados y el fin del *apartheid* interno en Israel.

<sup>4</sup> En el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas Israel y sus prácticas son evaluadas de manera permanente en el ítem 7 de la agenda. En la 37ª sesión regular del Consejo (marzo de 2018) fueron aprobadas cinco resoluciones, incluyendo un llamamiento al embargo de armas. En mayo, en una sesión extraordinaria se aprobó otra resolución que establecía una comisión de investigación sobre la matanza ocurrida en la verja que rodea Gaza con motivo de las protestas populares.



Para sobrevivir y mantener su estatus de privilegio colonial, Israel necesita hacer valer su condición de aliado indispensable de Estados Unidos y de Europa en la región. Desde sus primeros pasos Israel gozó de una renta geopolítica, primero de las ex potencias coloniales europeas primero y después de Estados Unidos. Washington ha sido la pieza clave para Israel porque le ha brindado protección diplomática en Naciones Unidas y ha arrastrado, con menguante éxito en los últimos años, a otros actores de menor relevancia. Sin embargo desde principios de los noventa, con el fin de la Guerra Fría Israel es consciente de que ha perdido valor geoestratégico. Por eso se ha empeñado en redefinir su papel de socio imprescindible; primero definiendo nuevas amenazas compartidas (Irán y el islam político rupturista) y postulándose como pieza clave en la defensa de los intereses compartidos con occidente en la región. En este momento Israel necesita a EEUU de manera imperativa: es clave que se le reconozca como principal aliado, que Washington mantenga su protección diplomática (inmunidad e impunidad, mantenimiento del “veto geopolítico”) y que focalice su principal amenaza en Irán y Hezbollah, y que se desvíe la atención sobre Palestina mientras consolida la anexión. Esta simbiosis con EEUU provoca además que otros actores se arrimen y apoyen también a Israel.

### **Palestina, la *nakba* que no cesa y nuevas resistencias**

El corto experimento del Proceso de paz (1993-2000) fue seguido, en los años posteriores, por una nueva situación en Cisjordania y Gaza en la que persiste y se profundiza la ocupación, al tiempo que sobrevive un autogobierno palestino limitado territorialmente y en materia de competencias. La Autoridad Palestina (AP) establecida en 1994 pervive ahora como un casi Estado, pero sin soberanía efectiva, sin recursos propios y extremadamente dependiente de la ayuda internacional y de la economía israelí, inmerso en múltiples contradicciones y con importantes carencias de gobernanza y de legitimidad democrática<sup>5</sup>. Entrampados en el paradigma liberal de Oslo (coexistencia de facto a través del mercado sin acuerdo político) el Gobierno Palestino y el propio movimiento nacional palestino, la OLP, están cada vez más cuestionados por su propia población. Crear un embrión de Estado sin acabar previamente con la ocupación fue un espejismo que sirvió para mantener y profundizar la dominación israelí<sup>6</sup>. Hoy ya no sólo se han desvanecido las esperanzas de una reactivación de las negociaciones (en las que sólo creen las cancillerías europeas) sino que el horizonte

<sup>5</sup> En 2009 debería haber acabado el mandato del presidente Mahmud Abbas. Las últimas elecciones legislativas tuvieron lugar en 2006; desde entonces no se han convocado por la rutura entre Gaza y Cisjordania y la falta de acuerdo entre ambas autoridades.

<sup>6</sup> En 2018 el Gobierno Palestino sólo tiene competencias plena sobre un 18% de Cisjordania (zona A); el 21% está bajo administración civil palestina pero la seguridad está compartida (zona B) y el 61% restante sigue estando bajo control exclusivo de Israel (zona C). Toda Gaza está bajo autoridad palestina aunque disputada por Hamas y Fatah.

*La situación  
general en los  
Territorios  
Ocupados es de  
extrema  
degradación*

de una solución basada en Dos Estados (S2E) es puesto en duda incluso por muchos dirigentes políticos palestinos.

El movimiento nacional palestino y el gobierno del casi Estado palestino se encuentran sin duda en uno de los momentos de mayor debilidad de las últimas décadas; sin apenas capacidad de iniciativa; dividido, con dirigentes y organizaciones desacreditados el primero, y deslegitimado y con instituciones ineficaces el segundo. Esta debilidad afecta también a la oposición; Hamas lleva gestionando la Franja Gaza desde 2007 y ha demostrado sus límites y su incapacidad de realizar algo diferente en las duras condiciones de bloqueo y de continuas agresiones militares; de hecho en los últimos meses ha ido cambiando su discurso respecto a Israel y a Egipto, y ha venido reduciendo sus exigencias.

La situación general en los Territorios Ocupados es de extrema degradación. Las instituciones funcionan por inercia. Las condiciones de vida de una gran parte de la población son cada vez peores. Según la OIT (2018) la tasa de desempleo en los territorios palestinos ocupados se ha incrementado hasta alcanzar el nivel más alto del mundo, 27,4% en 2017. La población sufre la cotidianidad de la ocupación: violencia continua, represión, expropiaciones. En las cárceles hay más de 6500 presos políticos, entre los cuales varios miembros del Parlamento palestino<sup>7</sup>. De manera recurrente hay picos de violencia masiva como las ocho operaciones militares devastadoras perpetradas por Israel sobre Gaza entre 2004 y 2017 que han provocado varios miles de muertos y dejado un reguero de destrucción a gran escala (Finkelstein 2018). El último episodio es lo ocurrido en la frontera de Gaza entre el 30 de marzo y el 14 de mayo de 2018 con más de 120 muertos y 2500 heridos por disparos a mano de francotiradores del Ejército israelí. El bloqueo de Gaza es sin duda el sumario de la barbarie cometida contra la población palestina. La Franja lleva más de 10 años en un régimen de casi aislamiento completo, un estado de sitio inhumano mantenido conjuntamente por Israel y Egipto. Las enormes carencias y restricciones provocadas por el bloqueo se suman a las propias limitaciones naturales del territorio y la presión que supone la sobrepoblación. Desde 2012 Naciones Unidas viene alertando de la catástrofe humanitaria y del inminente colapso; en 2020 las condiciones del enclave lo harán inhabitable.

A pesar de ello los palestinos no se han rendido y han intentado hacer valer sus derechos por medios políticos pacíficos. Lo más singular de estos últimos años ha sido la doble estrategia impulsada por la ANP-OLP de la recuperación de la estatalidad y la internacionalización. Ante las políticas unilaterales de Israel y el bloqueo de la vía diplomática, a

<sup>7</sup> Las organizaciones de derechos humanos estiman que a lo largo de los 50 años de ocupación 800.000 palestinos (uno de cada cinco) ha pasado por cárceles israelíes.

partir de 2010 se optó primero por recuperar la cuestión de la estatalidad, fortaleciendo las instituciones y actuando como un Estado<sup>8</sup>. La segunda tenía por objeto recurrir al nivel internacional para presionar a Israel; eso supuso ampliar el reconocimiento bilateral del Estado de Palestina, integrar organizaciones internacionales y suscribir instrumentos internacionales. Los resultados han sido desiguales. Más allá de lo meramente nominal (autodenominarse Estado, tener ministros..) es difícil funcionar como un estado en las condiciones de Cisjordania; con el agravante de que Gaza se mantuvo al margen des este proceso. En el plano internacional se alcanzó un alto número de reconocimientos bilaterales (más de 130), se accedió a varias organizaciones internacionales (UNESCO en 2011, Estado no miembro observador permanente en Naciones Unidas en 2012, INTERPOL en 2017, OPAQ en 2018...) y Palestina suscribió más de cuarenta tratados e instrumentos internacionales (entre los que destaca el Estatuto de Roma y el consiguiente ingreso en la Corte Penal Internacional (CPI) en 2015). Sin embargo si bien se abren algunas vías, como la posibilidad de activar procedimientos penales en la CPI, la fría respuesta de los socios europeos (posponiendo cualquier reconocimiento a la firma de un acuerdo definitivo) y la oposición de Estados Unidos (que ha mantenido sus bloqueos en Naciones Unidas y ha amenazado a varias organizaciones internacionales) han limitado su eficacia.

Sin embargo los palestinos resisten. La población defiende y afirma su existencia. Lo más significativo es que el fracaso de Oslo y el debilitamiento de la OLP han generado nuevas formas de resistencia popular. Si bien hay expresiones de resistencia violenta, lo dominante son nuevas prácticas, esencialmente no violentas, promovidas por nuevos actores procedentes de los movimientos sociales que reciben el apoyo de las fuerzas políticas tradicionales. De esta forma se han creado lazos entre palestinos de los Territorios ocupados, refugiados, palestinos en Israel y diáspora, rearticulando una identidad palestina transfronteriza. Las campañas contra el muro en Cisjordania, la resistencia a la judaización de Jerusalén o la iniciativa BDS nacen también en este marco. La reciente Gran Marcha por el Retorno es otra manifestación de esta dinámica; entre el día de la Tierra (30 de marzo) y el día de la *nakba* (14 de mayo) la población de Gaza se manifestó masivamente ante la valla que la separa de Israel. Las demandas de estos palestinos, tercera generación tras la *nakba*, era simple y al tiempo radical: derecho al retorno de los refugiados, levantamiento del bloqueo a Gaza.

<sup>8</sup> El Estado independiente de Palestina fue declarado en noviembre de 1988 y fue reconocido por decenas de otros Estados. Pero esta cuestión fue congelada y pospuesta en 1993 como precondition del Proceso de paz.

## Trump, provocación y mano dura

Durante la campaña electoral de 2016, Trump anticipó lo que sería su política para la región. Su victoria fue aclamada con entusiasmo por el gobierno de Israel que se dio prisa en subrayar sus coincidencias y afinidades. El mensaje de Netanyahu fue claro: Israel debe ser reconocido como el Estado nación de los judíos y para sobrevivir necesita seguir controlando Cisjordania. El 15 de febrero 2017, en una rueda de prensa conjunta del Primer Ministro y del Presidente en Washington, Trump reafirmaba la posición de EEUU – el apoyo a un acuerdo con compromisos por las dos partes- pero se apuraba en subrayar la alianza inquebrantable, lo que Netanyahu interpretó como un cheque en blanco. En mayo Trump visitaba Arabia Saudí y luego Israel y se reunía brevemente con el presidente Abbas; para sorpresa de muchos anunció su empeño en “alcanzar un acuerdo definitivo”, un “acuerdo de los acuerdos”, sostuvo que los “asentamientos no ayudan” y que el prometido traslado de la Embajada a Jerusalén “debía ser estudiado”. Ese primer momento, la aparente actitud razonable y constructiva infundió optimismo y esperanzas entre los palestinos; incluso contribuyó al cese de una sonora huelga de hambre de 1500 presos palestinos, que terminaron consiguiendo algunas de sus reivindicaciones.

*Se ha producido un escoramiento de Washington hacia las posiciones israelíes mientras se recrimina a los palestinos falta de voluntad para negociar*

Sin embargo en los meses siguientes, a pesar de haber mantenido cerca de 30 encuentros entre estadounidenses y palestinos y cuatro encuentros entre los presidentes, se produce un definitivo deslizamiento de Estados Unidos hacia las posturas israelíes. En ello interviene de manera incontestable el activismo de Tel Aviv y de los lobbies pro israelíes de EEUU, así como el equipo de funcionarios y asesores claramente alineado con los primeros y las presiones de relevantes personalidades que financiaron la campaña de Trump. ¿Quiénes son? David Friedman, abogado asesor de Trump en sus negocios y en la campaña, es nombrado embajador en Israel con el explícito apoyo de la Organización Sionista de America (ZOA). Es un conocido defensor de los asentamientos que considera parte de Israel; rechaza la solución de dos Estados; es partidario de la denominación Judea y Samaria, y será el artífice de que la mención “Territorios ocupados” desaparezca en el último informe de la Embajada. Jason Dov Greenblatt, abogado inmobiliario colaborador de Trump, es nombrado enviado especial de la Casa Blanca para Oriente Medio y las negociaciones internacionales; en 2016 sostenía que los “asentamientos no son obstáculo para la paz”; resultará cuanto menos un mediador parcial que no ha cesado de dar muestras claras de afinidad con Israel y de hostilidad contra los palestinos. Jared Kushner, empresario sin experiencia internacional pero yerno del presidente y de su plena confianza, es designado asesor presidencial. A este trío debemos añadir el nuevo Consejero de Seguridad Nacional John Bolton, conocido

defensor de Israel y de sus políticas de mano dura en Líbano y en Palestina, que en 2014 sostuvo en una columna de opinión que la solución al conflicto pasaba por la desaparición de Palestina mediante la anexión de Gaza a Egipto y de Cisjordania a Jordania<sup>9</sup>. Y Mike Pompeo en la Secretaría de Estado; comparado con él su predecesor Tillerson aparece ahora como un moderado, sensato y previsible, con cierta conciencia de la diplomacia y crítico con ciertas decisiones (traslado de la Embajada, el apoyo a Arabia Saudí frente a Qatar). A estos tenemos que añadir los responsables de numerosos grupos pro Israel con capacidad de influir en la toma de decisiones o de saturar los medios de comunicación. Pero también son relevantes otras figuras como los tres multimillonarios que fueron los principales financiadores de Trump, todos miembros de la Republican Jewish Coalition: Sheldon Adelson, Bernard Marcus y Saul Singer.

En un contexto regional complejo, en muy poco tiempo se opera un definitivo escoramiento total de Washington hacia posiciones israelíes mientras recrimina a los palestinos falta de flexibilidad y de voluntad para negociar. En octubre Israel y EEUU anuncian su salida de la UNESCO por su “sesgo anti israelí” y por haber admitido a los palestinos, en un claro mensaje a otras organizaciones. Y a finales de 2017 una serie de medidas van a configurar la nueva política estadounidense.

El 6 de diciembre de 2017, Washington anuncia el próximo traslado de su embajada a Jerusalén. El hecho tiene trascendencia y por ello es magnificado tanto por Israel como por los palestinos; para los primeros supone un espaldarazo a su posición, para los segundos es una traición. Como el resto de la comunidad internacional EEUU mantenía su embajada en Tel Aviv siguiendo las recomendaciones de Naciones Unidas (resolución S/RES/478 de 20 agosto de 1980, aprobada con la abstención de EEUU) tras la anexión unilateral de Jerusalén en 1980<sup>10</sup>. La importancia de la decisión no reside en sí misma (no le corresponde a otro Estado reconocer o no la decisión de un país al fijar su capital) sino que en el caso de Jerusalén hay una resolución del Consejo de Seguridad que insta a los Estados a no tener representación diplomática ni reconocer la unificación y anexión de la ciudad. Con esa decisión EEUU rompe no sólo con una posición unánime y fractura el consenso internacional; inmediatamente otros Estados siguen sus pasos a cambio de prebendas de Israel<sup>11</sup>. El traslado se acelera y el

<sup>9</sup> Bolton, J.R. “A three-state solution for Middle East peace”, *The Washington Post*, 16 April 2014. <https://www.washingtonpost.com/news/2014/apr/16/bolton-a-three-state-solution-for-middle-east-peace/>

<sup>10</sup> Hay que señalar que en pleno proceso de paz, el 24 de octubre de 1995, el Congreso de EEUU aprobó la *Jerusalem Embassy Act* que estipulaba el traslado de la Embajada a Jerusalén a más tardar el 31 de mayo de 1999. Clinton sería el primer presidente en no firmar el texto y bloquear su ejecución, consciente de las implicaciones políticas internacionales de tal medida. Todos los presidentes siguientes hicieron lo mismo hasta que Trump rompiera este principio. Durante más de tres décadas la casi totalidad de la embajadas estuvieron en Tel Aviv. El Salvador y Costa Rica fueron los últimos países en trasladarla en 2006. En Jerusalén sólo permanecían consulados de unos pocos países, que ya estaban operativos antes de la decisión.

<sup>11</sup> En los días posteriores al traslado de la Embajada de Estados Unidos, le siguieron los pasos Guatemala y Paraguay, y Honduras también ha anunciado su intención. Cabe señalar que el presidente de Guatemala, Jimmy

*La decisión estadounidense sobre la embajada ha provocado una amplia respuesta crítica de la comunidad internacional*

acto de inauguración se hace coincidir con las celebraciones del 70 aniversario. En la ceremonia participan los familiares-asesores del presidente Trump y varios miembros de su gobierno, así como un variopinto grupo de pastores evangélicos milenaristas a satisfacción de una cierta audiencia de EEUU. También participan representantes diplomáticos de una treintena de países, todos ellos receptores de ayuda israelí o clientes de su industria militar (Mack 2018).

La decisión estadounidense sobre la embajada ha provocado no obstante una amplia respuesta crítica de la comunidad internacional pero no unánime. La Unión Europea, la Liga de Estados Árabes y la Conferencia Islámica la condenan, al igual que numerosos países; los más estrechos aliados árabes de Washington se encuentran en una situación embarazosa. Poco después del anuncio, el 14 de diciembre la Liga de Estados Árabes promueve un proyecto de resolución de condena en el Consejo de Seguridad, cuenta con 14 votos pero EEUU la veta. El 21 de diciembre de 2017 la Asamblea General aprueba en una sesión de emergencia una resolución (ES-10/L.22) que declara nula y sin valor la declaración de Jerusalén como capital de Israel, y subraya que el estatus final de Jerusalén debe ser resuelto mediante negociaciones acordes con las resoluciones relevantes de la ONU, deja claro que toda decisión que modifique el estatus de Jerusalén carece de valor jurídico y debe revocarse, pidiendo de nuevo que ningún país establezca misiones diplomáticas en Jerusalén, de conformidad con la Resolución 478 del Consejo de Seguridad<sup>12</sup>. El 14 enero Abbas declara que Israel ha matado los Acuerdos de Oslo y que el “plan de paz” de Trump es una bofetada.

Hay un segundo conjunto de decisiones que se inscribe en la misma línea y que responden al principio de que los aliados que no colaboran no se deben beneficiar del apoyo material de EE.UU.<sup>13</sup> La ayuda se convierte así en un elemento de presión política por parte de Washington. En enero de 2018 se anuncia una reducción significativa (40%) de la contribución estadounidense a la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos (UNRWA), cuyo presupuesto depende de contribuciones voluntarias. Desde su puesta en marcha en 1950, Washington ha sido uno de los principales financiadores de esta agencia, aportando cerca del 30% del presupuesto; en 2016 aportó 370 millones de dólares (160 la UE). Washington esgrime que la

---

Morales, es un ultraconservador, cristiano evangélico, que reivindica la larga historia de buenas relaciones entre los dos países, especialmente en materia de contrainsurgencia en los 80s y 90s. En breve Israel debe surtirle de aviones Arava y repuestos. Paraguay, también con un gobierno de derecha, tiene a Israel entre sus principales clientes de carne. Honduras, con otro gobierno de derecha, también tiene en curso acuerdos militares: su Fuerza naval recibirá próximamente una corbeta POV-62 e Israel le dota de aeronaves y artillería. El tiempo dirá si son simples operaciones comerciales o si han sido una moneda de cambio.

<sup>12</sup> La resolución se aprueba con 128 votos a favor, 9 en contra, 35 abstenciones y 21 ausencias. Pero también se pone en evidencia una fractura en la UE, 22 votan a favor y 6 se abstienen (Polonia, Hungría, Rumania, Letonia, República Checa y Croacia).

<sup>13</sup> Se trata de un discurso que también se aplica a otros países (como Pakistán, Iraq...) que reciben ayuda pero que no colaboran suficientemente.

Agencia necesita una reforma profunda y que no puede mantener la misma generosidad con quien se niega a sentarse a dialogar, refiriéndose al gobierno palestino. El recorte supone un duro golpe y amenaza los programas de la Agencia; tal como señala el Secretario General Antonio Guterres “la UNRWA no es una agencia palestina, sino de Naciones Unidas”. A nadie se le escapa que la presión sobre la UNRWA sintoniza con una vieja reclamación israelí de que la agencia se desmantele para forzar a que los países huéspedes absorban a los refugiados. Esta medida se complementa con otra amenaza de la misma naturaleza: una reducción de la ayuda bilateral a la Autoridad Palestina y el cierre de la oficina de la OLP en Washington. De nuevo EEUU es uno de los principales donantes del Gobierno palestino cuyo funcionamiento y supervivencia depende de la ayuda internacional: políticas públicas, instituciones de gobierno, salarios y pensiones dependen de ello. Ambas decisiones acrecientan la irritación de los palestinos y ahondan el escepticismo sobre la política estadounidense.

Finalmente el alineamiento de Washington con Israel también se ha reforzado en un tercer escenario: los foros internacionales. Desde 2011 con Obama, EEUU ha sido un socio clave de Israel para contener la estrategia de internacionalización de la OLP-ANP: se habían ejercido presiones para que Palestina no integrara organizaciones internacionales; en 2011 amenazó con un veto en el Consejo de Seguridad si se tramitaba la demanda de adhesión de Palestina a Naciones Unidas y sancionó a la UNESCO por admitirla; en 2012 presionó a diversos países para que no fuera admitida como observador en Naciones Unidas; amenazó a diversas organizaciones de las funestas consecuencias (financieras) en el caso de admitir a los palestinos, etc. Ahora Washington exige a Palestina que retire sus peticiones para integrar 22 nuevas organizaciones<sup>14</sup>.

Todas estas medidas ponen en evidencia una plena identificación con las posiciones de Israel, más allá de lo vivido en períodos anteriores. Trump y su equipo no tienen ninguna simpatía particular por los palestinos, al contrario éstos encarnan el perfecto mal socio: reciben ayuda y no se doblegan. Por ello no tienen ningún problema no sólo de asumir el argumentarlo israelí sino de contribuir tácitamente al proyecto israelí de “acabar con la cuestión palestina”. Aunque Washington siga sosteniendo que no ha modificado su posición (no reconocer las anexiones, considerar ilegal la ocupación y los asenta-

<sup>14</sup> Por otra parte Washington ha seguido siendo el principal protector de Israel en Naciones Unidas, vetando proyectos de resolución en el CSNU o alineándose en la Asamblea General o en el Consejo de Derechos Humanos votando en contra de resoluciones que critican a Israel.

En el Consejo de Seguridad: en diciembre de 2017 EEUU veta una propuesta unánime de resolución que instaba a no trasladar embajadas a Jerusalén; en marzo de 2018 bloquea una declaración de condena por el uso de violencia por Israel en la frontera de Gaza, promovida por Kuwait.

En el Consejo de Derechos Humanos: en mayo 2018 con el voto en contra de EEUU se aprueba resolución (A/HRC/S-28/L.1) sobre la violación del derecho internacional en contexto de las protestas civiles a gran escala en los Territorios palestinos Ocupados, por la que se decide crear una comisión de investigación sobre lo ocurrido en Gaza.

*Para los  
palestinos las  
medidas de EEUU  
rompen el  
consenso  
internacional y le  
descalifican para  
ser facilitador en  
el proceso de  
negociaciones*

mientos, defender una solución basada en dos Estados) es evidente un compromiso cada vez más sólido con Israel. Esto envalentona a Israel que de manera más activa desde 2017 se permite operaciones militares en Siria, violaciones del espacio aéreo libanés, medidas de fuerza en Gaza, o acelerar la ampliación de asentamientos a un ritmo inhabitual.

Este alineamiento responde a nuestro entender primero a la necesidad de contar con Israel como socio pivote en su estrategia de retirada de la región. Y en segundo lugar es una decisión dictada por consideraciones de política interior: su dependencia del lobby pro israelí, la necesidad de seguir contando con el apoyo de una base social conservadora y evangélica de cara a las elecciones de fin de año que renuevan las cámaras<sup>15</sup>. Pero también agudiza un debate interno en Estados Unidos cambiando la percepción de Israel<sup>16</sup>. Esto no significa que Washington se ponga totalmente en manos de Israel. En estos meses también se han filtrado algunos detalles de un Plan de paz estadounidense que J. Kushner habría discutido con israelíes, saudíes y egipcios, pero que no se habría concretado todavía de manera definitiva. Éste consistiría en permitir el establecimiento de una entidad palestina en Cisjordania sobre un territorio discontinuo, en el que Jerusalén no sería su capital, y la anexión de las zonas más pobladas por colonos entre otros elementos. No obstante todo indica que supone una reedición de Camp David II cuando EEUU e Israel buscaron imponer una fórmula inadmisibles para los palestinos, ahora desde una posición de fuerza mucho mayor y en un contexto regional más volátil.

Es indudable que este basculamiento en la política de Estados Unidos tiene consecuencias. En primer lugar deteriora su credibilidad en la región y a nivel intencional, en particular ante muchos de sus aliados. Por otra parte se aliena a los palestinos y a una gran parte de las opiniones públicas árabes. Para los palestinos las medidas de EEUU, no sólo rompen el consenso internacional y le descalifican para seguir siendo el “único facilitador” de cualquier proceso de negociaciones, sino que suponen un espaldarazo explícito a Israel en su política de anexión, lo que supone el abandono de los parámetros de las negociaciones anteriores y la renuncia definitiva a la solución de dos

<sup>15</sup> La decisión sobre el traslado de la Embajada a Jerusalén, no sólo satisfizo a Israel, también fue un regalo a los evangélicos mesiánicos sionistas de Estados Unidos que constituyen una parte importante e influyente de su electorado. Paradójicamente Israel recibe hoy apoyo de sionistas cristianos, dispensacionistas que interpretan literalmente la Biblia y que ven a Trump como el instrumento de un plan divino.

<sup>16</sup> Las actuales políticas de Washington contribuyen al distanciamiento de muchos judíos estadounidenses de Israel y en consecuencia a que el lobby pro Israel sea más derechista cristiano. Como señala el activista Omar Barghouthi en una reciente sesión informativa en el Parlamento Europeo: “el apoyo para hacer que Israel rinda cuentas está creciendo entre los judíos estadounidenses y el público estadounidense en general. Una encuesta de 2014 de J Street mostró que el 46 por ciento de los hombres judíos no ortodoxos menores de 40 años apoya un boicot total a Israel para terminar su ocupación, mientras que una encuesta de la Brookings Institution 2016 revela que casi la mitad de todos los estadounidenses apoya la imposición de sanciones a Israel para que cese sus asentamientos ilegales”. “Israeli Settlements in Palestine and the European Union” conference held at the European Parliament on February 28, 2018. <https://bdsmovement.net/news/talk-israel-tried-censor-european-parliament>



Estados. Un *dis-honest broker* no tiene razón de ser. El 20 de febrero de 2018 Abbas interviene ante el Consejo de Seguridad: “Si nuestro pueblo no puede conseguir justicia aquí, ¿dónde tenemos que ir? Ayúdenos y no nos hagan tomar decisiones en contra de nuestras creencias y de las suyas”. En consecuencia los palestinos anuncian que buscarán otros mecanismos internacionales para hacer valer sus derechos y para la resolución del conflicto; Abbas propone una conferencia internacional para definir y poner en marcha un nuevo mecanismo de negociaciones. La Liga Árabe respalda la iniciativa. En mayo de 2018 el Estado de Palestina activa por primera vez un procedimiento sobre crímenes de guerra ante la CPI por lo ocurrido en Gaza; la Corte deberá evaluar si pone en marcha una investigación.

La propuesta palestina de un nuevo mecanismo internacional no es sencilla de materializar. Sustituir el anterior esquema (tras el fracaso de Oslo y la desaparición del Cuarteto) por otro sin el protagonismo de EEUU y con la oposición de Israel se antoja difícil como demostraron varias iniciativas de países europeos en los últimos años. Para su éxito sería necesario el apoyo firme de otros actores: Naciones Unidas, la Unión Europea, la Liga Árabe y otros Estados de peso, entre los cuales Rusia y China. Pero también la anuencia de Estados Unidos. Además como en la Conferencia de Madrid en 1991 Israel debería verse obligado. En suma, un escenario harto improbable. Pero en todo caso se plantea una cuestión clave: en el nuevo escenario regional e internacional, y tras el descarado alineamiento de Washington, qué papel pueden desempeñar otros actores.

### **Una región en reconfiguración con viejos actores y nuevos protagonistas**

Desde hace años se debate sobre el declive de la hegemonía estadounidense a nivel global y en particular del retraimiento o repliegue estratégico (*strategic retrenchment*) en Oriente Medio lo que significa su pérdida de relevancia efectiva. Algunos hablan incluso del próximo alumbramiento de un Oriente Medio “post americano”. Con sus medidas (de mucho músculo y poca cabeza) Trump deteriora aún más la posición de Washington y a esto se añade una situación inédita de cambio en el sistema regional de Oriente Medio en el que la potencia hegemónica externa pretende traspasar su papel a actores locales. Pero esto llevará tiempo y no se podrá prescindir del actor tan relevante en el corto plazo. No obstante ¿qué supone este horizonte para otros actores regionales y extra regionales? ¿Están en condiciones de adoptar otras posiciones?

La primera consideración afecta a los países árabes vecinos. Todos han tenido un importante compromiso político y financiero con la OLP

*La UE ha reiterado su compromiso con la solución de dos Estados, condenando la violencia*

y con Palestina durante el proceso interino post Oslo, con matices y opciones diferenciadas (apoyos a Abbas o a Hamás). La Iniciativa Árabe de Beirut (2002) encarnó una posición conjunta clara sobre una posible forma de resolución del conflicto. Sin embargo las tensiones inter árabes y la reciente reconfiguración de las alianzas en la región han hecho emerger importantes cambios. El principal es la conformación de un grupo de países (Cuarteto árabe) integrado por Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Bahrein y Egipto, que en aras de mantener su alianza estratégica con Estados Unidos (cobertura de defensa) y como mecanismo de sobrevivencia se ha acercado a Israel (incluso recurriendo a los lobbies pro Israel en Washington), esgrimiendo su interés común de contener a Irán. ¿Pero en qué medida están dispuestos a secundar a Washington en su Plan para Palestina? Si bien no deja de ser llamativa una posible alianza entre regímenes despóticos árabes y la “única democracia de Oriente Medio”, o entre antiguos enemigos, cabe señalar que el acercamiento a Israel no es nuevo pero ahora es cada vez más público y explícito. Egipto ha firmado la paz con Israel y colabora en materia energética y de seguridad. Varios países del Golfo llevan años dando pasos hacia una normalización de relaciones, haciendo malabarismos retóricos pero anteponiendo sus intereses económicos y de seguridad. Cada vez es más habitual que haya visitas de personalidades, o se admita coincidir en eventos culturales y deportivos. El nuevo hombre fuerte de Arabia Saudí, Mohamed Bin Salman, impulsor de reformas internas y artífice de la nueva política exterior del reino, que ha pasado de la vieja diplomacia financiera (*riyalpolitik*) a un intervencionismo militar de resultados inciertos, encarna este giro: reconoce la legitimidad del proyecto nacional judío, se muestra partidario de una normalización de relaciones y presiona sobre los palestinos para que no tomen iniciativas unilaterales.. “es hora de que los palestinos se sienten a negociar o bien se callen y que dejen de quejarse”. Por primera vez hay un grupo de Estados árabes dispuesto a acompañar a Washington en su plan de paz. Esto no quita que otros estados árabes se mantengan al margen (Kuwait, Oman), teman consecuencias negativas que les afecten de manera directa (Jordania) o se opongan a ellas (Argelia).

Un segundo actor relevante es la Unión Europea. Las decisiones de Trump en política exterior (medidas proteccionistas, OTAN, Iran) han puesto en cuestión la alianza trasatlántica; Angela Merkel ha llegado a declarar que Washington ya no es un socio fiable. Si bien no se trata todavía de ruptura trasatlántica, su liderazgo está cuestionado y su credibilidad muy dañada. Cabe preguntarse en qué medida esto tiene un impacto en Oriente Medio donde la UE aceptó un singular reparto de papeles (Washington: *political player*, Bruselas: *payer*). Podría esperarse que la UE asumiera un papel autónomo y más proactivo, en consonancia con sus principios de política exterior y en particular

para una región prioritaria y que constituye su vecindario más inmediato. Eso quisieran los palestinos, pero la UE está dividida (varios estados miembros se han arrimado a Washington y Tel Aviv) y por el momento ninguno de los Estados más influyentes (Francia o Alemania) se han mostrado dispuestos a encabezar una iniciativa alternativa. Como viene haciendo desde hace años la UE ha reiterado su compromiso con la solución de dos Estados, condenado la violencia y ha pedido, ha asumido contención, asumido compromisos financieros y poco más. Prueba de ello es la resistencia de la UE a apoyar siquiera el reconocimiento del Estado de Palestina.

Hay nuevos actores que habrá que ir incorporando a todos los análisis sobre la región; unos retornan a esta escena, como Rusia, y otros van a ganar relevancia por su capacidad económica y quizás política a medio plazo, como China y los demás BRICS. Todos ellos tienen políticas exteriores crecientemente asertivas y reconocen al Estado de Palestina. No se trata de que sean actores con posiciones pro-palestinas que puedan hacer necesariamente de contrapeso al eje Israel-Estados Unidos-Cuarteto Árabe, sino actores pragmáticos, actualmente más fiables y predecibles que Estados Unidos, que tienen intereses propios, que son claves para la estabilidad de la región. Van a desempeñar un papel relevante en la reconstrucción y el desarrollo económico de varios países (Siria, Irak e Irán), y pueden tener un papel político diplomático, si tuvieran voluntad para ello. De inmediato el actor más significativo es la Federación Rusa que ha vuelto con fuerza y de manera definitiva a la región después de la guerra en Siria. Moscú es ya un actor muy influyente e ineludible, que cultiva relaciones con todos los actores, y que podría también intervenir en la cuestión palestina. China está dando también pasos significativos, consolidando su presencia económica pero preparándose para algo más<sup>17</sup>. China es el miembro permanente del Consejo de Seguridad que ha tenido un voto más constante y coherente con los derechos de los palestinos.

Finalmente habrá que tener también en cuenta a los países vecinos que si bien pueden tener capacidades limitadas para influir, son piezas del puzzle regional. Irán tiene vocación de desempeñar una cierta influencia en la región si logra normalizar sus relaciones y despegar. Turquía es un actor importante aunque con una política regional controvertida. Siria, Iraq, Líbano desde realidades muy particulares también tendrán algo que decir y pueden suponer una contención al Cuarteto árabe.

<sup>17</sup> Pekín dispone de una primera base militar en el Mar Rojo, para dar apoyo a las misiones militares en África y proveer de seguridad a su marina mercante. Por otra parte en 2016 se publica el primer documento oficial sobre política china en la región árabe, en el que no se menciona a Israel pero sí el apoyo a un Estado palestino. Chinese government (2016): *China's Arab Policy Paper* [http://www.xinhuanet.com/english/china/2016-01/13/c\\_135006619.htm](http://www.xinhuanet.com/english/china/2016-01/13/c_135006619.htm)

## **Un nuevo momento de la colonización, nuevas resistencias palestinas**

La situación actual de la cuestión israelo palestina supone un momento nuevo en el marco del longevo conflicto entre el proyecto sionista y la población palestina. Por mucho que se empeñen algunos, especialmente en las cancillerías europeas y en Bruselas, la lógica del proceso de paz de Oslo (paz por territorios, negociaciones bilaterales, un posible mini estado palestino a medio plazo) ya no tiene ninguna relevancia. Sólo ha servido para reconfigurar el conflicto: ahora hay una Autoridad Palestina sin apenas atributos estatales, Israel se ha desresponsabilizado de la población de los territorios ocupados, la comunidad internacional financia indirectamente con ayuda el status quo y la ocupación tras 50 años se ha convertido en una nueva modalidad de colonización. En las conversaciones de Camp David II (julio de 2000) Ehud Barak y Bill Clinton pretendieron que los palestinos aceptaran una rendición bajo formato de acuerdo final. Su negativa pulverizó el espejismo. Desde entonces las cosas han ido indiscutiblemente a peor. Cisjordania es un territorio israelizado con enclaves palestinos; Gaza un gran cárcel al aire libre. El tiempo ha pasado y en el campo palestino está tomando el relevo una nueva generación, nacida después de 1991, para quien el proceso de paz sólo ha supuesto la prolongación de la colonización y el derrumbe del viejo movimiento nacional palestino.

*Este nuevo momento de la colonización, con la connivencia estadounidense, supone dar la estocada final al proyecto nacional palestino*

En tal escenario cabe preguntarse qué pretende Israel. Si se analizan sus políticas podemos afirmar que sigue actuando como el movimiento sionista en la fase pre estatal, mediante hechos consumados. Lleva 50 años ocupando territorios árabes, sin comprometerse a retirarse (como corresponde de acuerdo al derecho), ni anexionarlos definitivamente con su población ni decidirse a expulsarla. Durante estos últimos 25 años, con negociaciones o sin ellas, ha mantenido un discurso de voluntad de alcanzar un acuerdo, de aceptar algún tipo de mini Estado palestino, mientras ha continuado colonizando. El fracaso de Oslo ha puesto en evidencia que el problema no es territorial, que el conflicto no se resuelve con la retirada parcial o total y la creación de un Estado. El problema es la vigencia del proyecto colonial con sus diferentes dimensiones –ocupación, discriminación de los palestinos en Israel, negativa al retorno de los refugiados, uso estructural de la violencia con sus vecinos–.

Tras un cúmulo de hechos consumados, dadas las circunstancias regionales y contando con el apoyo de Trump y de sus aliados árabes, Israel considera llegado el momento de dar un nuevo paso decisivo, estratégico, y proclamarlo de manera explícita: la ocupación permanente y su aceptación internacional, junto con un reforzamiento de la idea del Estado judío. Esto supone primero la progresiva anexión de

más territorio palestino (ya hay propuestas en la Knesset de extender la soberanía israelí a los asentamientos, y se habla de un próximo reconocimiento de EEUU a la anexión del Golán). Luego los palestinos irán siendo recluidos en enclaves, serán invisibilizados, en un régimen de *apartheid* prolongado, empujados a la emigración voluntaria a terceros países, es decir una nueva limpieza étnica, lenta pero inexorable, una *nakba* continua (Massad 2018). En cuanto a Gaza, que no puede ser absorbida por Israel, el objetivo es llegar a un acuerdo con Egipto para que anexe la franja a cambio de un reajuste fronterizo en el Sinaí. Para Israel, que considera muy avanzada la implementación de su estrategia sobre el terreno, es clave que la comunidad internacional la acepte y la legitime, empezando por EEUU, el Cuarteto árabe y progresivamente una serie de otros Estados a cambio de ayuda<sup>18</sup>. El Plan de paz de Washington es plenamente funcional en esa estrategia. Israel espera poder imponer su solución.

Este nuevo momento de la colonización, con la connivencia estadounidense y de ciertos regímenes árabes, supone dar la estocada final al proyecto nacional palestino. Así se evidencia desde el lado palestino y por ello se llama a una nueva estrategia nacional. En la calle casi todos denuestran la experiencia de Oslo y el horizonte de una paz justa con dos Estados pierde apoyo. Desde instancias oficiales (gobierno palestino, OLP y organizaciones políticas) se debate cómo responder a esta nueva coyuntura; los obstáculos son numerosos: división interna, falta de apoyos, límites de su estrategia de estatalidad e internacionalización, abandono de valedores árabes... Sin embargo son los nuevos movimientos sociales los que están tomando la iniciativa. Desde principios de la década pasada han surgido numerosas expresiones de resistencia, promovidas no por las formaciones políticas tradicionales sino por movimientos sociales, nuevas generaciones de militantes. Unas estrategias de resistencia son locales, otras nacionales y transnacionales. Cuestionan la lógica de Oslo, retornan al meollo del conflicto: el carácter colonial de Israel, articulan las demandas de todos los segmentos de la sociedad palestina. Entre ellas se inscriben las celebraciones de la *nakba*, las marchas por el retorno o el exitoso movimiento internacional de Boicot, Desinversión y Sanciones (BDS). Todo ello conforma un nuevo momento de la lucha nacional palestina.

### **Perspectivas complejas e inciertas**

Desde 2011 Oriente Medio viene viviendo importantes cambios que reconfigurando profundamente la geopolítica regional. Estados Unidos está en retirada; otros actores (Rusia, Irán, Turquía y en poco

<sup>18</sup> Israel amenaza habitualmente con suspender su ayuda, técnica o militar, a aquellos países que voten en contra de sus intereses en Naciones Unidas.

tiempo China) ganan relevancia en la región. Nuevas alianzas están tomando forma; alianzas móviles, sobre lógicas que combinan distintos móviles pero que claramente escapan a las divisiones clásicas de bloques estables. Los procesos de cambio político también están introduciendo cambios. Las políticas sectarias inducidas por actores externos y explotadas por los regimenes pierden fuelle en favor de proyectos políticos nacionales basados en la ciudadanía, como hemos visto en Líbano e Iraq. Las monarquías conservadoras se tambalean y cada una busca diferentes estrategias de sobrevivencia.

En este marco la cuestión palestina, que siempre fue un elemento central de la geopolítica regional, está en un momento nuevo. Israel que ha demostrado su renuencia a un acuerdo de paz justa y acorde al derecho internacional y que lleva acelerando la colonización de Cisjordania, pretende aprovechar la situación internacional y regional para asestar un golpe definitivo a los palestinos y afirmar definitivamente su proyecto colonial estatal (un solo estado, no democrático y con apartheid para lograr el éxodo final). La actitud de Washington dando luz verde a Israel, sin calcular bien sus consecuencias inmediatas y su impacto de largo alcance, ahonda su desprestigio y sacude el consenso internacional al incentivar el colaboracionismo del Cuarteto árabe y arrastrar tras de sí a algunos otros estados títeres de Europa, America Latina, África o Asia que dependen de la ayuda estadounidense o de la tecnología militar israelí. Paradójicamente, satisfaciendo y protegiendo a Israel Trump ha vuelto a poner a los palestinos en el centro de las problemáticas de Oriente Medio, después de años de verse eclipsados por la nueva guerra fría irano-saudí o las guerras en Iraq y en Siria. Los Estados Unidos han desempeñado un papel relevante en la corta historia de Israel, en su propia creación (Weir, 2014), en su blindaje diplomático, en su conversión en potencia militar, también en el principal intento de pacificación impuesta que significó Oslo y ahora lo está de nuevo haciendo amparando y legitimando la anexión permanente y el proyecto de erradicación de Palestina.

Ciertamente los palestinos tienen un futuro incierto. Posiblemente se repitan las atrocidades como la del lunes negro del 14 de mayo de 2018. Pero los palestinos no desistirán, no se irán de su tierra, seguirán defendiendo el derecho al retorno de los refugiados y seguirán resistiendo, de manera diferente, como lo vienen haciendo desde el inicio de la empresa colonial sionista.

## Referencias bibliográficas

- Aguirre, Mariano (2017): *Salto al vacío. Crisis y declive de Estados Unidos*. Barcelona: Icaria.
- Ahmad, Amal; Calis, Irene; Eid, Haidar; Nabulse, Razi (2018): "70 years of Nakba: where can Palestinians go from here?", Al-Shabaka roundtable, May 2018.
- Aruri, Naseer H. (2014): *Bitter legacy. The United States in the Middle East*. Haymarket.
- Blumenthal, Max (2013): *Goliath: Life and Loathing in Greater Israel*. Nation Books
- Carlstrom, Gregg (2017): *How long will Israel survive? The threat from within*. Hurst.
- Cole, Juan (2018): *The cost of Trumpism in the U.S. policy toward the Middle East*. Doha: Al-Jazeera Center for Studies.
- Feldman, Shai; Shikaki, Khalil (2018): "Trump's Jerusalem declaration and "The ultimate deal". *Middle East Brief*, 114. Brandeis University
- Feierstein, Gerald (2018): Trump's Middle East policy at one year. Policy lack strategic coherence despite rethoric. *Middle East Institute Policy Focus* 2018-2.
- Field, les (2018): "Anti-Semitism and pro-Israel politics in the Trump era. Historical antecedents and contexts", *Middle East Report* 284.
- Finkelstein, Norman G. (2018): *Gaza. An inquest into its martyrdom*. University of California Press.
- Freedman, Robert O. (2017): "The Obama legacy in the Middle East and the Trump Challenge", *India Quarterly*, 73(2), 241-250.
- GALLUP (2017): Attitudes towards the recognition of Jerusalem as Israeli capital. Gallup International Association opinión poll . December 2017.
- Hijab, Nadia (2017): "Después de la bomba H de Jerusalén de Trump ¿Qué opciones tienen los palestinos?", Al-Shabaka (artículo traducido por Sin Permiso) <https://al-shabaka.org/commentaries/trumps-jerusalem-h-bomb-weighting-options-palestinians/>
- Hijab, Nadia (2018): "To achieve One State, Palestinians must also work for two", Al-Shabaka Commentary, February 2018
- Hiro, Dilip (2018): *Cold war in the islamic World. Saudi Arabia, Iran and the struggle for supremacy*. Hurst.
- Inbar, Efraim (2018): "The Future of Israel Looks Good", *Middle East Forum*, April 18, 2018  
<https://www.meforum.org/articles/2018/the-future-of-israel-looks-good>
- Khalil, Osamah (2010): "The myth of American pressure", Al-Shabaka Network Analysis.
- Kramer, Martin (2016): "Israel and the Post-American Middle East. Why the status quo is sustainable", *Foreign Affairs*, 95(4), 20.
- Levy, Gideon (2010): *The Punishment of Gaza*. Verso
- Loewenstein, Antony; Moor, Ahmed (ed) (2013): *After Zionism: One state for Israel and Palestine*. Saqi books.
- Lynch, Marc (2015): "Obama and the Middle East. Rightsizing the U.S. Role", *Foreign Affairs*, September/October.

Machover, Moshe (2017): "Israel-Palestina. El entierro de la 'solución' de dos estados", publicado inicialmente en *Weekly Worker*, 1143, traducido y publicado por Sin Permiso <http://www.sinpermiso.info/textos/israel-palestina-el-entierro-de-la-solucion-de-dos-estados>

Mack, Eitay (2018): "U.S. Embassy celebrations: a who i who of the Israeli arms trade", 972mag. (May 22, 2018) <https://972mag.com/u-s-embassy-opening-a-whos-who-of-the-israeli-arms-trade/135681/>

Massad, Joseph (2018): "The future of the Nakba", *The Electronic Intifada*, 13 May 2018 <https://electronicintifada.net/content/future-nakba/24236>

OIT (2018): *La situación de los trabajadores de los territorios árabes ocupados*. Ginebra: Organización Internacional del Trabajo.

Pappe, Ilan (2018): "Israel and Palestine in 2018: Decolonisation, not peace", *Al-Jazeera* 14 May 2018. <https://www.aljazeera.com/indepth/opinion/israel-palestine-2018-decolonisation-peace-180514073500781.html>

Pfeffer, Anshel (2018): *Bibi. The turbulent life and times of Benjamin Netanyahu*. Hurst.

Pfiffner, James P. (2017): "The unusual Presidency of Donald Trump", *Political Insight*, September, pp. 9-11.

Quandt, William B. (2017): *Trump and the Israel Palestine conflict*, Arab Center Washington DC

Sharp, Jeremy M. (2018): *U.S. Foreign Aid to Israel*. Washington: Congressional Research Service.

Tovar Ruiz, Juan (2014): "¿Una estrategia coherente para una región en cambio? La política exterior de la Administración Obama y la Primavera Árabe", *UNISCI Discussion Papers*, 36, 29-50.

VVAA (2018): *Marking the Nakba. From betrayals and warnings to future*. Al-Shabaka, The palestinian Policy Network

Weir, Alison (2014): *Against Our Better Judgment: The Hidden History of How the US Was Used to Create Israel*. Createspace Independent Pub

Yiftachel, Oren (2011): *Etnocracia. Políticas de tierra e identidad en Israel/Palestina*. Madrid, Bósforo.

Zanotti, Jim (2018): *Israel: Background and U.S. relations in brief*. Washington: Congressional Research Service

Zunes, Stephen (2018): *Trump's Middle East policy. The ironies of hawkishness*. Doha: Al-Jazeera Center for Studies.